

El Negro y Las Historias De Bandidos

Por Carlos Ruiz Tagle.



Cuando Guillermo Blanco publicó "Misa de Requiem", Rafael Maluenda, entusiasmado con esta pequeña novela, le dedicó un elogioso comentario en El Mercurio. Maluenda era un brillante escritor de cuentos de bandidos, y sabía a qué atenerse respecto al de "Misa de Requiem". Había algo de emotivo en ese artículo del Director de El Mercurio, se apreciaba entre líneas una alegría verdadera y muy profunda. Estaba contento de haber descubierto en Guillermo Blanco a un prosista capaz de hacer castañear los dientes de los lectores con sus historias del Negro.

Ha pasado el tiempo y Rafael Maluenda ha dejado de existir. Seguro que le hubiese interesado poder leer "Cuero de Diablo" (Zig-Zag, 1966), el último libro de Guillermo Blanco. Junto a "Misa de Requiem", a "La Espera" y "La Mano", tres notables obras que ya habían sido recogidas en volumen, en "Cuero de Diablo" encontramos varias novedades. Ellas son: "Trípico del Afuerino", "Don Crescente y los Angeles", "Viejo Pillo", "Homenaje a Bonilla", "Medio Pueta", "Experiencia" y "Nerón González". O sea, aproximadamente la mitad del libro se halla formado por nuevos cuentos sobre el Negro y sus secuaces.

La presencia tácita y sobrecogedora del Negro se advierte, como una sombra mitológica, en cada relato. El es el hombre de la noche, el implacable, el que hace que los otros personajes piensen al intuir su presencia: "Esto es el fin... con una especie de escalofrío interior."

¡Se nos dice tan poco sobre su persona! A más de un iluso se le ocurrirá que no existe. Así, por ejemplo, cuando Ruperto, el protagonista de "Homenaje a Bonilla", descubrió la figura del Negro a través de los árboles: "Sí: existía. Y era el blanco perfecto. Habría bastado un tiro y adiós Negro." Sí: existía. Porque muchas veces solamente parecía ser el viento entre los árboles, el crujido en la puerta y el rechinar del picaporte, la sombra que apenas percibimos por el camino silencioso.

Pero volvamos a Rafael Maluenda, el autor de "Historias de Bandidos" (Zig-Zag, reedición de 1968). De sus bandidos sabemos mucho más que de los de Guillermo Blanco. Y como sabemos más, se humanizan tanto que de ningún modo causan pavor. Tanto es así, que en la mayoría de los relatos de Maluenda, los verdaderos bandidos parecen ser los pacos. Ocurre esto en "Perseguido", en "Por Despecho", y muy especialmente en "La Cacería". En este último, los policías hacen correr adelante a los malhechores recién capturados. Estos se niegan al principio. Los carabineros insisten: "Ya, vamos corriendo." Cuando los pobres desgraciados lo hacen, los acibillan a tiros. Después dirán que trataron de huir, y por eso se vieron en la necesidad de dispararles.

El título de la obra de Maluenda, "Historias de Bandidos", bien podría referirse a los pacos. Tal sensación se agudiza cuando el autor nos da a conocer el relato medio biográfico sobre "Ciríaco Contreras". Aquí tenemos al pobre Ciríaco enamorado de su esposa,

victima también del amor a su caballo "Cenizo". Leamos a Maluenda, quien se basó para este magistral relato en cierta documentación que le entregó el hijo del malhechor. En un rodeo, un contendor agresivo pegó un pencazo en la cabeza al caballo de Contreras.

"¡Azotarle al Cenizo!

"El hombre vio rojo. Con enorme esfuerzo logró dominar su bestia desatentada, y lanzándose sobre el agresor, de un feroz caballazo, lo plantó en el suelo. Cegado por la ira, no se detuvo, y pasándole el caballo por sobre el cuerpo, lo alcanzó con un estribo en la cabeza, partiéndole el cráneo.

"Intervinieron otros jinetes. Se formó un tumulto. El hombre estaba muerto y ante las voces de auxilio, bruscamente serenado, el bandido emprendió la fuga por entre el callejón de las fondas, para perderse en los campos vecinos.

"La odisea de Ciríaco Contreras había comenzado."

Este protagonista no puede despertar sino la simpatía y casi la compasión de los lectores.

Por otra parte, ni las elecciones de mil ochocientos y tanto, cuando el bandido actuó en contra de un partido determinado, ni las relaciones que mantuvo con los patrones, tienen vigencia hoy. Menos todavía la tendrán mañana, cuando no existan en el campo chileno patrones como Don Nepomuceno Merino, protagonista del último episodio del libro. Circunscrito a cierta época de nuestra historia, la de Ciríaco, recreada por Maluenda, mantiene una estrecha relación con la realidad biográfica.

El Negro, en cambio, está fuera del tiempo, es un personaje que no pertenece a la historia, sino a la mitología. Durante las 185 páginas de "Cuero de Diablo" se roba la película, y parece, en definitiva, el único protagonista de la obra. El reina donde comienza la noche y el terror a lo desconocido. Los antiguos hablaban de Tierra Ignota y se imaginaban enormes precipicios y dragones y monstruos que la habitaban. He aquí no a la Tierra Ignota, sino al Hombre Ignoto, de quien todo se puede esperar, especialmente lo peor. No importa que muera al final del libro en manos de ese intelectual medio cegatón que es Nerón González. Vive hoy y vivirá mañana, merodea en la noche. Donde el hombre tema a lo desconocido creará "ver aparecer una sombra, ver moverse algo en la sombra". Y esta sombra de mal augurio se agiganta en los lugares desamparados y va invadiéndolo todo.

Magistrales en la manera de tratar a sus bandidos, Maluenda y Blanco presentan técnicas muy diferentes. Decía Domingo Amunátegui Solar: "En la descripción de los malhechores, Maluenda no reconoce rival." Ha pasado el tiempo y el primero en reconocer a un competidor de talento ha sido justamente el mismo Maluenda. Sobre "Misa de Requiem", donde supo del Negro, dijo: "Nada falta, nada sobra. Todo aparece medido y calibrado para ir creando el suspense que culmina en el desenlace." Quien conoció a Rafael Maluenda puede tener la seguridad de que ha de haberle gustado medir sus fuerzas con un rival de la talla de Guillermo Blanco.